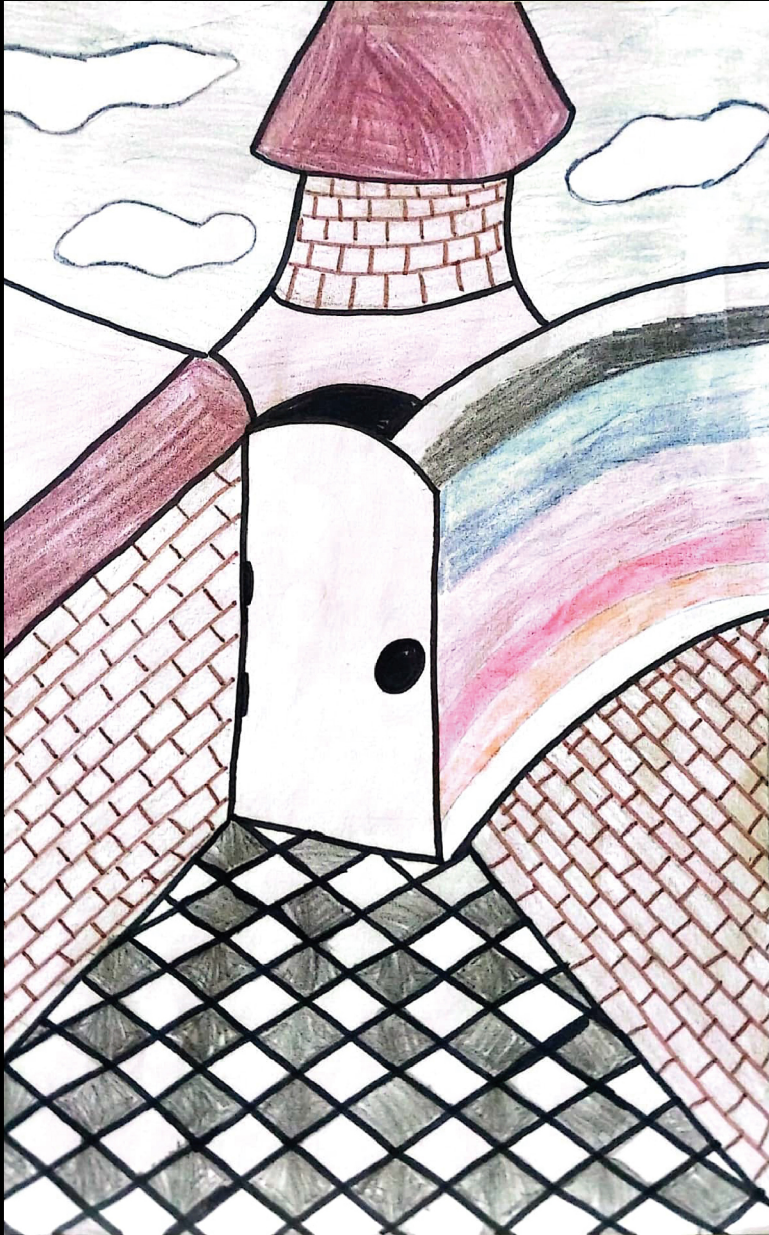


# DE LOS COLORES

EL MARAVILLOSO MUNDO



Escuela 187 - Junín de los Andes

# **EL MARAVILLOSO MUNDO DE LOS COLORES**

**Alumnos de Quinto Grado  
Escuela 187 - Junín de los Andes**

## **CONSEJO PROVINCIAL DE EDUCACIÓN DEL NEUQUÉN**

### **Centro de Documentación e Información Educativa**

Director General CeDIE

Bibl. Iván Ramiro Nicola

### **Centro Editor**

Referente

Tomás Watkins

Diseño y maquetación

Iván Moyano

**Ilustración de tapa:** Luz Linarez

### **Escuela primaria N° 187 - Junín de los Andes**

**Grados:** 5to A, 5to B y 5to C

#### **Docentes participantes:**

Melisa Lucía Arrieta (docente de 5to A)

Rosana Inés Vergara (docente de 5to C)

Sofía Edith Aguilar (docente de 5to B)

Gimena Belén Alaniz (docente MAP)

Betiana Belén Villalobo (bibliotecaria)

#### **Equipo de conducción**

Erica Marina Cruces (directora)

Ida Elizabeth Ancaten (vicedirectora)

# PRÓLOGO

## Prólogo

En estas páginas habita la imaginación de 49 pequeños escritores, cada uno con sus ideas, sus colores, sus palabras y su entusiasmo. Este libro, *Mi Primer Libro*, es el reflejo de un viaje colectivo en el que la lectura, la escritura y la ilustración se entrelazaron como hilos de colores que construyen un tapiz único.

Este año, los estudiantes de quinto grado de la Escuela 187 se sumergieron en el universo de Liliana Bodoc. Primero fueron lectores atentos de *Amigos por el viento*, convirtiéndose en ilustradores de sus cuentos, dando forma y color a sus palabras. Luego, inspirados por *Sucedió en colores*, quisieron ser escritores: crear sus propias historias, explorar colores que aún no existían en el libro y reimaginar aquellos que ya estaban, aportando su mirada, su voz y su creatividad.

Cada cuento fue un acto de descubrimiento. Las ideas surgieron en borradores, lluvias de palabras, debates y acuerdos entre compañeros. Aprendieron a escucharse, a coordinarse, a aportar sus fortalezas: unos escribían, otros narraban, otros diseñaban personajes o ilustraban mundos enteros. Cada color se convirtió en un territorio compartido, donde el trabajo en equipo permitió que las diferencias se transformaran en riqueza.

Los tres quintos trabajaron juntos, poniendo en juego su capacidad de imaginar, organizar y crear. Títulos, ilustraciones y la tapa del libro fueron fruto de consensos y concursos, de propuestas y elecciones cuidadosas. Las familias acompañaron, colaboraron y celebraron, tanto dentro como fuera de la escuela, aportando tiempo, apoyo y cariño, sumando al proceso colectivo.

Este libro es también un testimonio de un aprendizaje que trasciende lo académico: aquí se aprende a respetar ideas, a valorar la diversidad de talentos, a disfrutar del proceso creativo y a entender que la literatura es un espacio donde la imaginación vuela, se

expande y se comparte.

Hemos sido espectadoras privilegiadas de este viaje: guiando, acompañando y sorprendidas ante cada logro, cada historia, cada avance. Ver a estos niños y niñas de 10 y 11 años convertirse en lectores, ilustradores y ahora autores, nos llenó de orgullo y emoción. Este primer libro deja una huella en cada uno de ellos, un recuerdo imborrable y la certeza de que pueden crear, soñar y transformar palabras en mundos. Una huella que se ha decidido dejar bajo el nombre de **El maravilloso mundo de los colores.**

El entusiasmo que despertó este proyecto nos impulsó a buscar su impresión, y gracias a la colaboración del CeDIE y el acompañamiento del director Iván Nicola, hoy podemos sostener en nuestras manos el resultado de un proceso profundo, rico y compartido. Mi Primer Libro es mucho más que un libro: es la celebración del trabajo en conjunto, de la creatividad desbordante de los niños, de la literatura vivida desde adentro, y del placer de descubrir que cada historia tiene un color único, tan único como quien la escribe.

Seño Meli, Ro, Beti y Sofía

# VIOLETA





**E**s Halloween en Violet, un pueblo alejado de New York. Un lugar tranquilo, pero que escondía algo... Los días estaban raros, las personas se veían preocupadas, el clima ya no era el mismo, los niños estaban inquietos y la inseguridad se sentía en todas partes. ¿Los motivos? Nadie los sabía. Lo único seguro era que en Violet algo estaba por cambiar.

Sin embargo, ignorando todo esto, el pueblo se preparaba para festejar Halloween, la fiesta más esperada del año. Las calles eran alumbradas con luces violetas, acompañadas de canciones de terror y suspenso, los vecinos cantaban mientras decoraban sus casas con calabazas, telas de araña, luces tenues en colores violáceos y monstruos tenebrosos. Además, claro, colocaban los infaltables dulces. Mientras tanto, los niños preparaban sus disfraces. Había zombis, vampiros, la Muerte, Frankenstein e incluso el famoso payaso de It. Aunque también estaban aquellos que, por ser más pequeños, eran disfrazados por sus papás con trajes que nada tenían que ver con el terror: hadas, dinosaurios, perritos y hasta hamburguesas (de algún fan de las comidas). Todos eran aceptados: algunos por horrendos y otros por tiernos.

Un grupo de amigos decidió tener un Halloween distinto e ir a acampar al viejo bosque de moras. Era un terreno extenso y con una historia poco clara, según contaban los ancianos del pueblo, ya que en los libros no había registro alguno. Se sabía que, hacía mucho, mucho tiempo (allá por 1820), había sido habitado por migrantes que provenían de distintas partes.

Los rumores afirmaban que allí hacían rituales con animales y personas, dibujando pentagramas con puntas de amatistas. Los motivos no estaban claros, aunque se sospechaba que los cuerpos eran enterrados en ese mismo lugar. Por esos rumores, el sitio estuvo mucho tiempo deshabitado. Y, aunque con el tiempo se quitó el alambrado para incluirlo dentro del pueblo, la mayoría de las personas prefería no acercarse.

Yolanda, la más pequeña del grupo y la amante de los insectos, decidió llevar un disfraz de zombi para asustar al resto, pero eso no hizo falta, porque el terror ya estaba cerca. Cuando llegaron al bosque era tarde, así que decidieron armar las carpas. Mientras intentaban adivinar dónde iba cada varilla, comenzaron a escuchar campanas a lo lejos. Después de discutir un rato, decidieron caminar por el bosque.

Luego de varios minutos vieron una luz titilante color violeta. Fueron hacia ella y encontraron un lugar abandonado: descuidado, con una estructura vieja, árboles secos y hojas esparcidas por el suelo, como si nunca lloviera. El pasto estaba altísimo. Era evidente que nadie vivía allí, aunque las luces estuvieran encendidas.

Los chicos quisieron entrar forzando la puerta, pero fue inútil. Entonces intentaron por la ventana. Para ello tomaron una piedra que estaba junto a la puerta. Parecía una amatista, aunque resultaba extraño pensar eso: ¿por qué habría una amatista allí?

Al ingresar, las luces se apagaron de repente y se escuchó un fuerte estallido, como de un espejo o vidrio rompiéndose. Desesperados, comen-



zaron a tocar todo a su alrededor. Uno de ellos se cortó la mano derecha con un trozo de vidrio.

Pese al miedo, a la desesperación y al dolor lograron encontrar el interruptor de la luz, pero antes de encenderlo, se paralizaron pensando en quién había roto el vidrio, por qué y con qué se en-

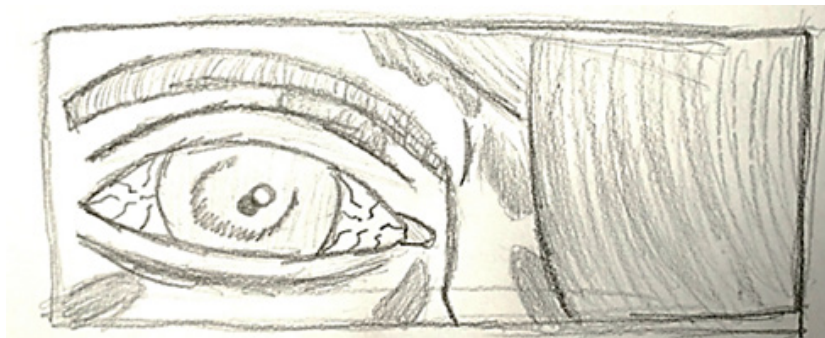
contrarían al encender la luz. Sin embargo, no había otra opción: tenían que ver para salir de allí. Lo encendieron. Descubrieron cuerpos humanos hinchados y violetas por la descomposición, y junto a ellos un espejo roto. El horror los espantó y decidieron avanzar a la siguiente habitación. Allí vieron señales de brujería: rituales, un pentagrama rodeado de amatistas, otro espejo roto que reflejaba pedazos de una silla con cuerda... y todo acompañado de un fuerte olor a lavanda, una flor que no era propia de la zona.

Mientras los chicos discutían sobre cómo salir, vieron una luz titilando en el pasillo; pensaron que debía ser la salida. Se acercaron y encontraron un viejo televisor que reproducía, sin sonido, una película en blanco y negro con un niño en pijama que tenía una sonrisa extraña y una mirada perdida que parecía pedir ayuda. Esto cambió todo: los chicos descubrieron que no estaban solos, alguien rompió el espejo, la televisión no podría llevar tantos años encendida y lo más aterrador: alguien había asesinado a esas personas y no había sido hace mucho, pues aún se estaban descomponiendo.

Mientras discutían sus ideas se empezaron a escuchar pasos, como si alguien se acercara. Asustados, se escondieron en distintos cuartos del laboratorio. Martín entró en una habitación donde había experimentos con personas. Del susto, salió corriendo por la puerta trasera. Yolanda y Leyla se ocultaron juntas en un armario viejo, lleno de telarañas tejidas por una gran araña, a quien Yolanda identificó rápidamente como una “Violet purple”, que casi las pica. Espantadas corrieron fuera del armario en busca de una salida, hasta que llegaron al exterior y se encontraron con Martín.

Luego de que pensaron que el horror había terminado, se dieron cuenta de que Matías seguía desaparecido y no había rastros de él. Lo buscaron por todas partes, pero no había salido. Entonces decidieron regresar al edificio, esta vez armados con un tronco de rosas, no sabían quién ni qué, pero sabían que algo los esperaba.

Apenas entraron, escucharon un grito desesperado de Matías que los guio hasta su ubicación: la azotea. Allí, Matías intentaba evitar que un zombi lo devorara. Los chicos no podían creer lo que veían, ¿era real? ¿cómo era posible?



En la mirada de Matías se veía el terror, cuando vio a sus amigos se sintió aliviado... pero no era el único que los notó. El zombi también sabía que había invitados.

El zombi trató de atacar a Martín, pero fue más veloz y pudo pegarle primero. Sin embargo, no se rindió, por lo que Yolanda y Leyla lo empujaron y calló de la azotea. Los chicos lograron escapar.

Aunque nadie salió herido, Matías siguió con el terror de ese día. Nadie sabe qué pasó con aquel laboratorio. Lo único de lo que estamos seguros es de que alguien entro y nunca salió. ¿Será el niño del televisor?

• Autores e ilustradores: Ezequiel Barrera, Martina Fuentes, Uriel Díaz, Uriel Pailacura y Victoria Kapp.

# NARANJA

## Naranja





**E**n un bosque lleno de vida y color vivían un gato y un perro naranjas junto a su dueño, Gabriel, un chico que siempre vestía una camisa brillante color naranja. Los tres amaban salir a explorar el bosque, donde los árboles parecían bailar con el viento y las flores brillaban como soles pequeños.

Un día, mientras caminaban entre hojas crujientes, se encontraron con un tigre naranja de rayas negras. Tenía cara de estar buscando algo. —¡Cuidado! —gritó Gabriel—. Ese tigre parece peligroso.

Pero antes de que el tigre pudiera atacar, apareció un zorro astuto, con pelaje naranja y ojos brillantes. Se acercó lentamente y preguntó: —¿Por qué pelean? El bosque es muy grande para todos.

El gato y el perro se miraron entre sí. El tigre bajó la cabeza. En ese instante, Gabriel intervino: —¡No peleen! Podemos ser amigos.

De pronto, se escuchó una voz firme: —¿Qué pasa aquí?

Era un guardabosques con uniforme verde y sombrero naranja. Gabriel explicó la situación, y el guardabosques escuchó con atención.

—Entiendo —dijo—. Pero no es necesario luchar. Podemos encontrar una solución.

El grupo se dirigió a una cabaña en el centro del bosque. Era pequeña y cómoda, con una estufa grande y una puerta pintada de naranja brillante. Dentro los esperaba María, la esposa del guardabosques, con un pañuelo naranja y vestido floreado. Había horneado un pastel esponjoso de zanahoria y mandarina.

—¡Qué rico el pastel, señora! —dijeron todos los visitantes.

Mientras comían y charlaban, se dieron cuenta de que no había necesidad de pelear. El bosque era grande y había espacio para todos. Después de un rato, decidieron visitar un cementerio abandonado. Las lápidas y cruces daban miedo, y el viento susurraba entre las ramas.

De pronto, un esqueleto se levantó de una tumba... ¡y comenzó a bailar! Tiraba pasos prohibidos y todos se rieron a carcajadas. En medio de la risa, un vidrio se rompió en el suelo.

—Creo que debemos irnos —dijo el guardabosques.

Todos se apresuraron a salir. Mientras caminaban, el sol se puso detrás de las montañas y el cielo se tiñó de naranja. Se detuvieron a admirar el paisaje. Gabriel sonrió: —Me encanta este bosque.

El gato y el perro se acercaron a Gabriel, y el tigre y el zorro se unieron también. Así, la aventura en el bosque continuó llena de amistad y del color naranja que brillaba en todo momento.

Más tarde comieron papas con zanahoria y carne. De postre, duraznos dulces. Mientras descansaban, escucharon un reporte en la radio: —¡Un zorro fue visto corriendo hacia su guarida!

El guardabosques lo siguió y descubrió que el zorro tenía hijitos. Eran pequeños, peludos y todos de color naranja claro. El guardabosques sonrió y dijo: —Ahora entiendo todo. El zorro sólo quería proteger a su familia.

Desde ese día, todos los animales del bosque vivieron en paz. Cada tarde, cuando el cielo se vuelve naranja, se reúnen en la cabaña para compartir historias, pastel y muchas risas.



• **Autores:** María Cifuentes, Jana Chañapi, Valentín Toledo, Erick Urzagaste y Agustina Troncoso, Jonathan Namuncurá

# NEGRO Negro





**E**ra una noche oscura, y el bosque parecía estar vivo.  
Los árboles, altos y delgados, movían sus ramas largas con el viento.

Parecían brazos negros que querían atrapar algo invisible.

El suelo estaba cubierto de hojas secas que crujían en cada paso, como si alguien misterioso caminara muy cerca.

Todo daba la sensación de que el bosque guardaba un secreto que no podía contar.

En medio de aquel bosque oscuro, una niña llamada Clara caminaba sola, siguiendo la luz de la luna que se colaba entre las ramas. El aire era frío y, a veces, se escuchaban búhos a lo lejos.

De pronto, entre los troncos, vio una luz débil que parpadeaba como una vela encendida.

Siguiendo aquella luz, descubrió una casita muy pequeña y antigua.

Sus paredes de madera estaban torcidas; el techo tenía tejas rotas que crujían con cada ráfaga de viento.

Las ventanas, cubiertas de polvo, parecían dos ojos atentos que no parpadeaban.

La puerta era baja y estaba pintada de un negro tan profundo que parecía tragarse la poca luz de la luna.

La pintura se caía en pedacitos, como si alguien la hubiera olvidado hace mucho tiempo.

A su alrededor crecían ramas enredadas y flores marchitas que parecían querer impedir que alguien se acercara.

Clara dio un paso más, y de pronto escuchó un sonido extraño: una pelota picando sola en el suelo.

—¡Toc, toc, toc!

Con miedo, empujó la puerta y entró a la casita. Allí estaba la pelota, rebotando sin que nadie la tocara.

Las paredes estaban cubiertas de cuadros viejos y torcidos: en ellos aparecían niños que parecían seguirla con la mirada.

En una mesa había un reloj antiguo que avanzaba al revés, marcando las horas con campanadas que retumbaban en la casa: ¡dong, dong, dong!

La niña se asustó y quiso salir corriendo, pero la puerta se cerró de golpe detrás de ella.

—¡PUM!

Temblando, miró hacia una escalera de madera que subía al piso de arriba.

Mientras subía, escuchó cómo los espejos se rompían en algún lugar.

Al llegar encontró un espejo medio roto y, al mirarse, no vio su reflejo, sino el de una mujer vestida de blanco que lloraba sin parar.

—¿Quién eres? —susurró Clara con voz temblorosa.

La mujer levantó la vista. Era La Llorona; el llanto parecía llenar toda la casa como un río interminable.

Clara se dio vuelta, pero no había nadie.

Cuando volvió a mirar, sólo vio la pelota de básquet que subía sola por los escalones.

¡Pum, pum, pum!

Asustada, corrió a una habitación. Allí, otra vez, estaba La Llorona, llorando en un rincón, rodeada de muñecas antiguas que la miraban con ojos de vidrio.

Algunas levantaban lentamente los brazos, como si quisieran atraparla.

Otras susurraban palabras incomprensibles: “no te vayas... no te vayas...”.

La niña gritó y bajó corriendo las escaleras, pero, al llegar abajo, la figura de la mujer apareció frente a ella.

Las lámparas de araña comenzaron a encenderse y apagarse solas; las sillas se movieron como si tuvieran vida; los cuadros cayeron de las paredes, y las paredes crujióron como si quisieran hablar.

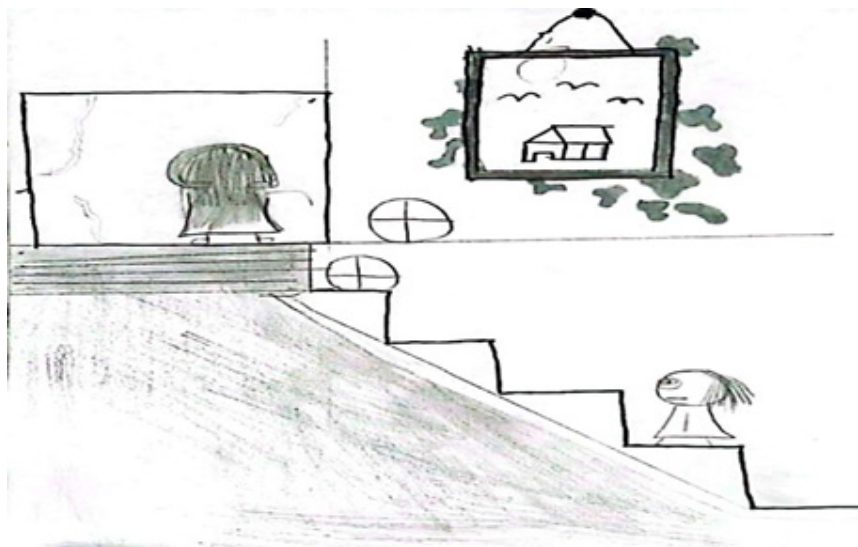
Un baúl en el rincón se abrió de golpe y de su interior salieron mariposas negras que revolotearon por la sala.

Todo se volvió negro, y Clara se desmayó.

Cuando despertó, ya no estaba en la casita.

Estaba en su casa, rodeada de sus padres, que, asustados, habían llamado a la policía.

Los agentes fueron al bosque a buscar la casita... pero nunca la encontraron.



Sin embargo, los vecinos empezaron a contar que, al pasar por ese bosque oscuro, no sólo se escucha el eco de una pelota que sigue picando sola, sino también un murmullo de muñecas que parecen reír suavemente y el tic-tac de un reloj que nunca se detuvo.

Y, desde entonces, nadie se atreve a entrar al bosque de noche.

• **Autores:** Victoria Lobos, Morena Revolero, Lautaro Millaluan, Liz Gil, Jasmín Godoy y Gimena Quilaquir

# CELESTE Celeste





Un día, en el bosque del pueblo Crisantemos, se vio un amanecer un poco extraño: el cielo estaba teñido de un celeste intenso. Cian, junto a Blue, decidieron ir a observarlo.

Cian era un niño pequeño al que le gustaba ir al bosque en la vieja bicicleta que le había regalado Doña Hortensia, la dueña del almacén.

Cian no tenía familia ni hogar, por eso podía pasar tardes enteras solo. En aquellos tiempos, a los niños que estaban solos no se les prestaba tanta atención. Sin embargo, en el pueblo lo conocían como “el dulce niño de cabello celeste y ojos color cielo”. Las personas lo querían mucho y lo ayudaban con comida y ropa. Doña Zafiro, la vecina más viejita del pueblo, solía tejerle un chalequito azul todos los inviernos.

Crisantemos era un pueblo pequeño, cercano a un lago y rodeado de montañas. La naturaleza era variada, las calles eran de tierra y las casas estaban construidas mayormente con madera de los árboles del bosque. No era un pueblo muy habitado, quizás porque no era muy conocido. Eso hacía que las personas se quisieran como una familia: eran pocos y muy unidos. En el centro del pueblo estaban las pocas instituciones que había: una comisaría frente a la plaza y una casilla donde el profesor Lagos daba clases a los niños que querían aprender a leer.

¿Cómo se conocieron Cian y Blue?

Un día, mientras llovía, Cian escuchó un golpe fuerte y corrió a ver de qué se trataba. Allí encontró a Blue, que estaba jugando con una espada.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Cian.

—Me llamo Blue.

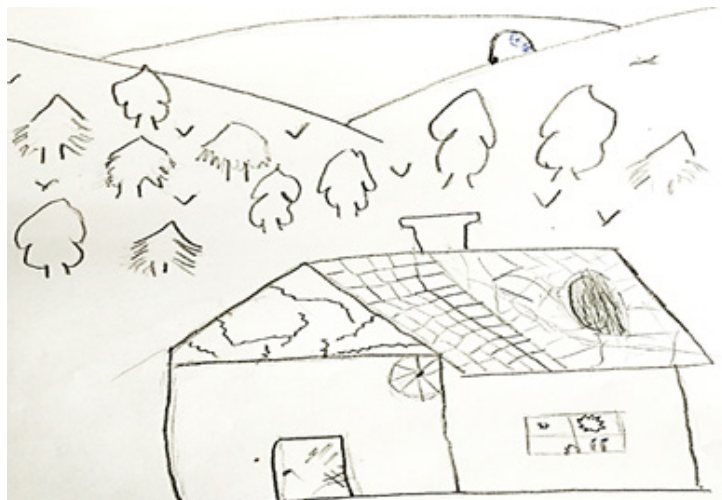
—¿Qué haces acá?

—Suelo venir al bosque a jugar por las tardes, mientras mis papás recolectan arándanos para vender —respondió el niño.

Blue era un niño pequeño, al que le gustaba subirse a los árboles del bosque, explorar y jugar con su espada. Antes de conocer a Cian solía estar solo, porque no tenía hermanos ni amigos; y como hacía poco que había llegado al pueblo, todavía no conocía a nadie. Sus padres trabajaban todo el día en la cosecha de arándanos y vivían en una casa muy alejada, con una vista espectacular del lago, pero en un sitio bastante solitario.

Luego de aquel primer encuentro, Cian se dio cuenta de que no era el único niño que visitaba el bosque por las tardes, y vio en Blue la posibilidad de, por fin, tener un amigo.

Desde ese viernes comenzaron a pasar las tardes juntos. Solían recorrer el bosque buscando nuevos rincones por descubrir. Desde aquel primer encuentro se metieron en cuevas, juntaron ramitas para hacer fuego, compartieron riquísimas meriendas con torta de barro, pasaron tardes enteras mirando el lago desde la cima del árbol más alto que habían encontrado, espionaron a los patos en secreto pensando que, cuando nadie los veía, hacían cosas extrañas, e intentaron agarrar los huevos de los teros (aunque papá tero siempre los atacaba y debían salir corriendo).



¿Sabían que los teros tienen púas en las alas, que usan para atacar o defenderse?

Con el amanecer del cielo celeste, los niños cambiaron de plan y decidieron adelantar su aventura, visitando el bosque por la mañana.

Aunque iban allí a diario, ese día fue distinto. Al llegar notaron algo extraño: no sólo el amanecer era diferente, sino que comenzaron a caer hojas con puntitos celestes. Se quedaron mirándolas tanto tiempo que perdieron la noción de las horas. Cuando se dieron cuenta, ya era de noche.

Blue debía regresar a su casa, y Cian sabía que, aunque estaba acostumbrado a dormir solo, quedarse esa noche en el bosque no era buena idea.

Al llegar con su familia, Blue emprendió el regreso a casa, pero en la carretera cuando tuvieron un accidente, el auto se averió y no podrían continuar. Finalmente decidieron volver al bosque y pasar allí la noche. Entre los árboles encontraron una casa abandonada. Entraron y, como estaba muy oscuro, encendieron unas velas. Un rato después se fue a dormir, pero escucharon un golpe que provenía del techo. Entonces empezaron a suceder cosas extrañas: un fuerte viento apagó las velas de golpe.

La casa quedó completamente a oscuras, a excepción de una pequeña luz celeste afuera.

Blue sintió un impulso de ir a ver de dónde venía. Salió y se perdió en el bosque, siguiendo la luz. Luego de avanzar un buen tramo, la luz se apagó y Blue quedó completamente desorientado.

Estuvo perdido gran parte de la noche, hasta que escuchó una voz. Con miedo, decidió acercarse, y, a medida que se aproximaba, reconoció quién hablaba: ¡era Cian! Los dos se encontraron y, emocionados, decidieron explorar juntos el bosque, esta vez de noche.

Al principio estaban tranquilos, pero pronto comenzaron a oír

gritos que los asustaron mucho.

Intentaron regresar, pero una sombra extraña se cruzó en su camino. En lugar de huir, decidieron acercarse.

Frente a ellos apareció un hombre... aunque no era exactamente un hombre: era un lobo de pelos celestes, alto, grande, con colmillos afilados y unos ojos enormes que intimidaban con su mirada. Los niños se aterrorizaron.

Blue salió corriendo y Cian lo siguió, mientras el lobo los perseguía. Encontraron una cueva pequeña y se escondieron allí.

Era sucia, con telarañas, fría, húmeda, con olor a encierro y tanto polvo que costaba respirar. Pero al menos era segura porque el hombre lobo no podía entrar, era demasiado pequeña para él.

Pasaron el resto de la noche escondidos y, cuando amaneció, salieron a ver si el monstruo se había ido.

Sin embargo, al llegar a la cabaña vieron que el lobo acorralaba a los papás de Blue en una esquina. Ellos se protegían tras una mesa volcada. Desesperados, los niños tomaron un mantel y se lo envolvieron en la cabeza al lobo. Gracias a eso los padres pudieron escapar. Luego de mucho correr llegaron a la carretera; por allí siguieron camino hasta que una pareja de ancianos los ayudó.

Al llegar al pueblo fueron directo a la comisaría a contar lo sucedido. Con el tiempo, las primeras noticias informaron que el lobo se había escapado del bosque. La familia de Blue se asustó, porque sabían que el monstruo podía ir tras ellos. Días después, las noticias informaron que el lobo había sido visto por un policía, a quien atacó y dejó herido. Tuvieron que trasladarlo al hospital. Todo el pueblo, al enterarse de lo malvado que era el lobo, se asustó mucho. Todos deseaban que lo atraparan pronto, antes de que lastimara a alguien más.

Pasaron mucho días y noches sin noticias. Las personas estaban atentas, pero intentaban que el miedo no los persiguiera. El pue-

blo siguió con sus vidas, buscando dejar eso atrás y convencerse de que el peligro ya no estaba más. Un tiempo después, un extranjero de otro país llegó al pueblo sin saber nada sobre la criatura.

Quería visitar el lago y conocer la vegetación del bosque.

Mientras caminaba, llegó hasta la finca donde la familia de Blue recolectaba arándanos. Tocó la puerta de la oficina para pedir indicaciones, y el papá del niño le respondió:

—Hola, señor. ¿Se puede pasar al bosque? —preguntó el extranjero.

—Hola, sí se puede, pero es peligroso. No te recomiendo entrar —respondió el hombre.

—¿Por qué? ¿Cuál es el peligro?

—A mi familia y a mí nos atacó un lobo. Por eso te recomiendo que no entres.

—Entiendo que los animales pueden ser peligrosos, pero después de un viaje tan largo no puedo perderme la visita al lago. Tendré mucho cuidado. Gracias —dijo el viajero.

El extranjero se adentró en el bosque decidido a explorarlo. Aunque estaba muy oscuro, tenía una linterna para alumbrar el camino.

A lo lejos vio una cabaña y, para no pasar la noche a la intemperie, decidió quedarse allí.

Mientras recordaba las advertencias del papá de Blue, el miedo lo invadió y no pudo dormir. Hacía mucho frío, así que decidió marcharse. Salió de la cabaña y caminó hacia la entrada del bosque. Le faltaba poco para llegar cuando escuchó un ruido. Miró hacia atrás... y vio al lobo.

Pero, para su sorpresa, no era sólo un lobo: ¡era un hombre lobo!

El extranjero empezó a correr, tropezó con unas piedras, se raspó

las manos y las piernas. Estaba débil, pero aún podía moverse. Al ver un árbol cercano, decidió subirse. El lobo quedó abajo, esperando. Pasó toda la noche allí y bajó sólo cuando amaneció.

El lobo ya no estaba. En el suelo encontró un trozo de cabello azul y una hebra de lana celeste...

¿Quién era ese hombre lobo?

¿Por qué aparecía y desaparecía?

¿Tendría algo que ver con el huérfano del bosque?

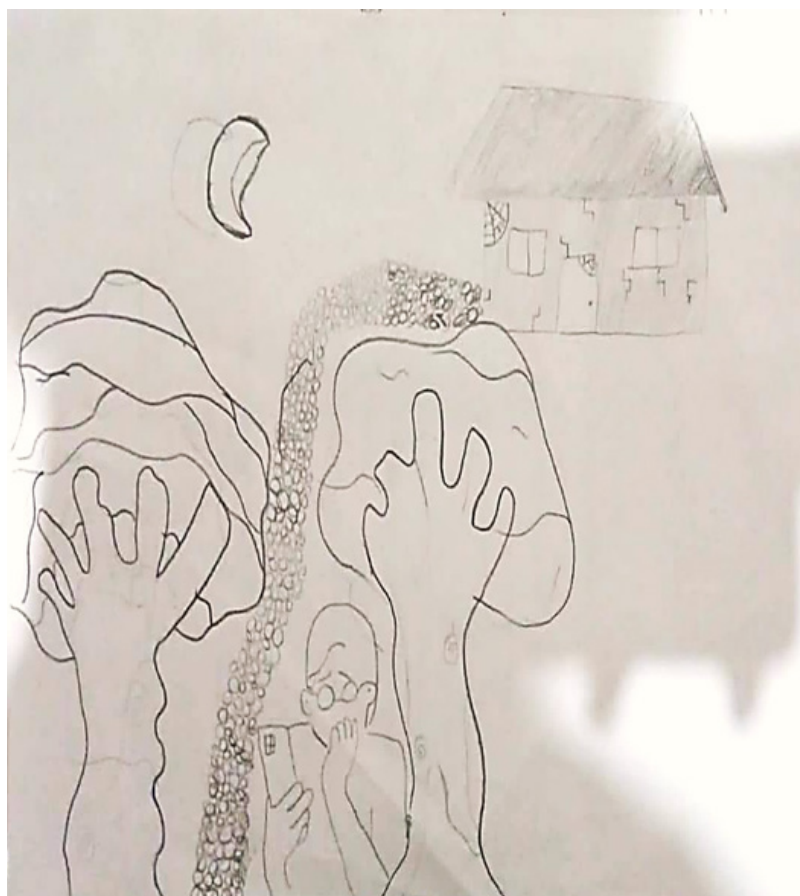
Y si nunca hubo víctimas anteriores...

¿Por qué la familia de Blue sobrevivió?

• **Autores e ilustradores:** Emma Ontiveros, Eluney Quintulen, Clara Soto, Dalila Cruces y Maximiliano Sánchez.

# Rojo

## ROJO





**C**uentan que, hace muchos años, en un bosque oscuro y silencioso, nació una leyenda que pocos se atreven a repetir en voz alta.

Una noche, una chica muy curiosa decidió entrar allí con su celular. Quería grabar un live y mostrarles a sus amigos lo que pasaba en aquel lugar.

—“Estoy en el bosque... y acabo de ver algo que nunca debí haber visto...” —susurró, mientras la transmisión comenzaba.

Camino al bosque el aire era frío y el viento hacía sonar las ramas como huesos chocando entre sí.

La linterna del celular iluminaba apenas el camino y, de pronto, en la pantalla comenzaron a aparecer emojis de calaveras y ojos llorando, aunque ella no escribía nada.

—“Chicos... ¿están mandando eso ustedes?” —preguntó, nerviosa.

El chat explotaba:

“¡No! Eso no lo mandamos nosotros.”

“Escucho voces, ¿ustedes también?”

Un susurro digital se coló en la transmisión, como si alguien hablara desde dentro del celular.

Ella tragó saliva y siguió caminando.

Entre los árboles, vio sombras que desaparecían apenas las enfocaba con la luz.

En el suelo descubrió algo aún más raro: huellas pequeñas, como de niño, que se mezclaban con huellas enormes, pesadas, que parecían de bestia.

El bosque se abrió y, entre los troncos, apareció una casa vieja y abandonada.

La puerta estaba entreabierta y, al tocarla, se abrió sola con un crujido prolongado. Como si la hubieran estado esperando.

Dentro, el celular perdió señal, pero la pantalla mostró imágenes que no correspondían: niños jugando en un jardín, una familia alrededor de una mesa, risas antiguas que no podían venir de allí. —“Esto... no está grabado por mí...” —susurró, mientras la imagen parpadeaba.

La luz temblorosa iluminó estantes llenos de peluches sin cabeza, sin ojos, sin brazos.

Por un instante, creyó que uno de ellos había girado apenas la cabeza.

Un cuadro en la pared comenzó a llorar lentamente un líquido rojo por los ojos de las figuras pintadas.

En la esquina, una mecedora vacía se balanceaba, realizando un ruido con cada movimiento.

“¡Salí de ahí yaaa!”

“¡Atrás tuyo, ATRÁS TUYO!”

Subió por las escaleras, que gemían con cada paso.

En el pasillo encontró un espejo enorme.

Se miró y gritó: no estaba sola.

En la transmisión se veía una sombra parada a su lado, pero, cuando giró, no había nadie.

De pronto, la sombra del espejo se estiró, tomó forma y frente a ella apareció un vampiro: piel blanca como la luna, colmillos brillantes y una capa negra manchada de rojo.

Sus ojos ardían como brasas.

La chica salió corriendo.

Las puertas se cerraban solas, las ventanas golpeaban como si la casa respirara.

La pelota roja bajó rodando por las escaleras, golpeando fuerte

cada escalón: ¡pum, pum, pum!

El celular vibró en su mano y, en la pantalla, apareció un mensaje que ella no escribió:

“NO CORRAS.”

Con lágrimas en los ojos, empujó la puerta principal y salió al bosque.

El aire helado le cortaba la piel y, detrás de ella, se escuchaba la risa del vampiro mezclada con el rebote de la pelota.

De pronto, luces azules y sirenas rompieron la oscuridad.

La policía había llegado, alertada por sus amigos que seguían mirando el live.

La encontraron tendida en el suelo, con rasguños, manchas de sangre y el celular aún en la mano.

La llevaron al hospital y, allí, poco a poco, se recuperó.

Cuando los oficiales volvieron al bosque, la casa ya no estaba.

En su lugar, había sólo un claro vacío.

Sin embargo, en el celular de la chica quedó guardada la transmisión completa.



Al reproducirla, se escuchaban voces que ella nunca dijo y, en el último segundo del video, justo antes de apagarse, el vampiro miraba directo a la cámara... como si todavía siguiera esperando.

• **Autores:** Valentino Fernández, Avril Figueroa, Josefina López Vejares, Sofía Paillalafquen del Río.

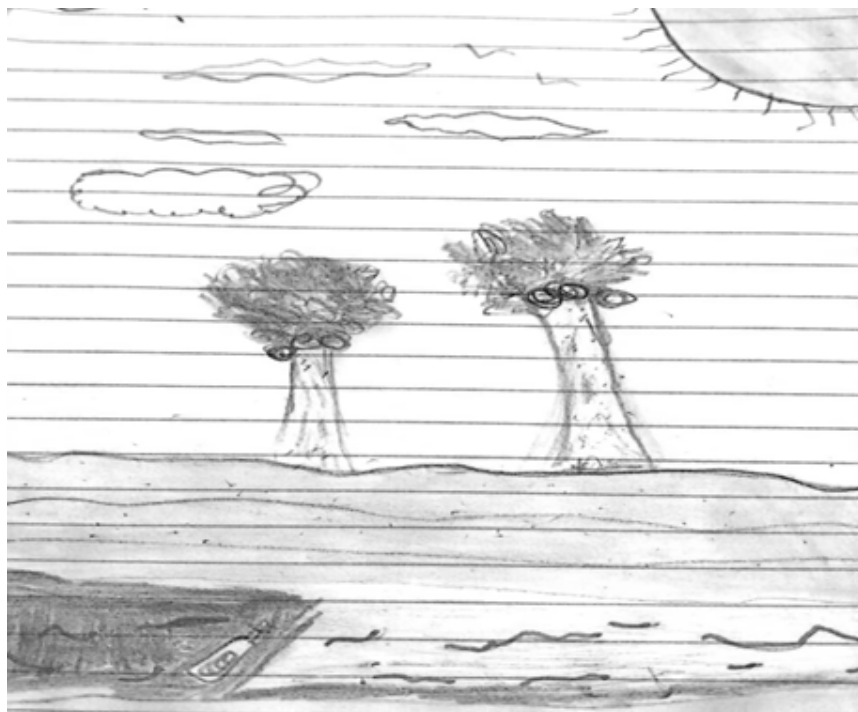
# Azul

## AZUL





**M**ateo encontró una botella en la playa. Dentro había un mensaje que decía: “Sigue la corriente del océano y encontrarás un tesoro.”



Mateo se puso su uniforme de marinero, agarró su cuaderno de observaciones y se subió a un barco. Navegó por días, anotando todo lo que veía: peces azules, olas gigantes, nubes que parecían algodón. Una noche, una tormenta con lluvia y truenos lo obligó a refugiarse en un edificio abandonado en una isla desierta.

Cuando la tormenta pasó, Mateo exploró la isla y encontró un cofre enterrado. Adentro había un jean azul desgastado pero resistente, y un cuaderno lleno de mapas y secretos del océano. Mateo decidió seguir uno de los mapas. Viajó durante meses, se perdió muchas veces, pero finalmente llegó a la isla que aparecía en el papel.

Buscó comida y agua, pero no encontró nada. Estaba cansadísimo. Había arañas y alacranes, así que se alejó y encontró una casa vieja y pequeña. Allí dejó sus cosas y se durmió. Esa noche se despertó por el frío. Salió a buscar ramas, pero estaban húmedas y no pudo hacer fuego. Se rindió y volvió a dormir.

Al día siguiente salió otra vez a buscar comida. Encontró un cajón con ropa y munición. Cuando terminó, vio huellas de animales grandes. Las siguió y llegó a una parte del bosque con muchos animales. Allí escuchó a un niño gritar “¡Ayuda!”. Estaba rodeado de animales salvajes. Mateo lo salvó y lo llevó a la casita. Descansaron y comieron pescado.

Después fueron al mar a bañarse. Lavaron la ropa sucia y salieron a buscar más comida. Al regresar, empezaron a mejorar la casa: arreglaron el techo, los muebles y decoraron con cosas azules que encontraban. Esa noche contaron historias de terror. De repente, escucharon pasos. Se asustaron al ver una sombra y salieron corriendo, pero se tropezaron con una piedra. Cuando se levantaron, la sombra ya no estaba. Se tranquilizaron y fueron a dormir.

Más tarde salieron a caminar. Encontraron árboles de arándanos y ciruelas. Juntaron frutas en una canasta, pero no entraban todas. Volvieron a la casa, comieron y descansaron, porque al día siguiente querían investigar otro mapa.

Al otro día, cuando iban a salir, una tormenta muy fuerte los sorprendió. No pudieron investigar, así que se quedaron en la casa jugando a las cartas y dibujando en el cuaderno de mapas. Cuando la tormenta terminó, el cielo se puso de un azul brillante. Mateo dijo: —¡Es el momento perfecto para salir!

Siguieron el mapa y llegaron a una cueva escondida detrás de unas rocas. La entrada estaba tapada por algas azules. Adentro había una laguna celeste y una piedra con dibujos raros. Mateo la tocó y apareció un cofre. Lo abrieron y adentro había una brújula azul, una linterna azul y una carta que decía: “El verdadero tesoro es aprender a explorar, compartir y cuidar el mar.”

Mateo sonrió. Volvieron a la casa con la brújula y la linterna. Desde ese día, usaron el cuaderno de mapas para seguir explorando, pero siempre volvían a la casita para descansar y contar historias. Cada vez que salían, llevaban la brújula azul como símbolo de amistad y aventura.

Y así, Mateo entendió que el color azul no sólo estaba en el mar, sino también en los momentos felices: el cielo, el agua, los arándanos, la amistad... y los sueños que todavía le quedaban por cumplir.

• **Autores:** Benjamín Antiman Melo, Nicolás Martínez, Umma Melo, Sophia Huayquifil, Sol Jofré y Luz Cándido.



# PLATEADO Plateado





Una noche estrellada, Platín decidió ver una película de terror. Él siempre había sido un niño miedoso, con amigos con los que no compartía mucho, porque a ellos les gustaba juntarse a ver películas, contar historias de terror, salir a jugar a las escondidas por las noches y meterse en lugares extraños. Además su primo, que era parte del grupo, lo molestaba y le hacía bromas, encerrándolo en lugares y asustándolo.

Esto no ocurría sólo en el barrio, también pasaba en la escuela, a la que ya no quería ir. Su mamá era demasiado amable y él no quería contarle lo que le hacía su primo, y además la seño no hacía nada al respecto. Por eso, un día, cansado de que se burlaran de él, decidió enfrentar sus miedos. Para comenzar buscó una peli de terror, apagó todas las luces, se preparó un vaso de gaseosa y se enfrentó a su desafío. Pensando que eso iba a funcionar ¿Que si tenía miedo de arrepentirse? No, no tenía miedo de arrepentirse, de lo que sí tenía miedo es de que se siguieran burlando de él. Y que él, cansado de eso, reaccione de manera violenta.

Al comenzar la película se escuchaban gritos de bruja y se veían escobas que volaban. Éstas eran tenebrosas, no como las de Harry Potter: parecían de metal o de plata (quién sabe, la peli no se veía en HD). La primera imagen mostraba a una bruja piloteando su nave (escoba). Era vieja, arrugada y fea. Mientras volaba, se escuchaba cómo los pelos de metal chocaban entre sí, haciendo un extraño ruido.

La bruja Clementicia iba hacia el cementerio de la ciudad, donde estaban sus hermanas listas para atacar con sus embrujos. Su plan principal era transformar las cosas, empezando por perros, a los que convertirían en plata para venderlos a buen precio. ¿Se imaginan un mundo sin perros? Con el dinero pensaban comprar materiales para hacer pociones y poner su propio negocio de hechicería: “Las pociones extrañas de Clementicia”. El problema era que estas brujas ya eran muy ancianas y no podían seguir volando mucho tiempo.

Mientras Platín veía las escenas, temblaba de miedo. Esto empeoró cuando escuchó un chillido agudo, como si fuera el de un murciélago. Se asustó tanto que cerró los ojos con fuerza (como si eso lo hiciera invisible). Hizo tanta fuerza... que se quedó dormido con el televisor encendido.

En su sueño se veía solo, disfrutando de Halloween, con un traje plateado y una máscara platinada bastante tenebrosa. De repente se transportó a un bosque. Comenzó a caminar intentando buscar una salida, pero sólo encontró una cueva oscura con piritas en punta. Se veía profunda, sin luz, sin brillo y sin gente. Lo más horroroso eran los sonidos alrededor: se oían gritos, campanas, persianas y muchos ruidos raros.

Platín entró en la cueva y escuchó una risa burlona, nada amistosa. De pronto sintió que algo lo tocaba, tropezó y cayó sobre un líquido raro, de color plateado y brillante.

Comenzó a sentirse muy mal, tenía miedo y ganas de llorar. El líquido era pegajoso y baboso, lo hacía sentir confundido. No entendía de dónde venía, hasta que vio una sombra que parecía la de un dragón, con alas enorme, unos dientes gigantes, unas manos pequeñas como la de un tiranosaurio Rex y una cola larga como una serpiente enredada. Rápidamente se escondió detrás de una piritas y observó cómo el monstruo salía de su escondite.

Pero no terminó ahí. La sombra se acercó a Platín. No era un dragón, sino un ratoncito que nada tenía de enorme y tampoco de tenebroso, tenía una cola muy grande y unos ojos bien gigantes y llevaba una lámpara del tamaño de un dedo humano. El ratón tenía un resfrío tremendo, lo que explicaba todos los ruidos de la cueva y cada vez que estornudaba tiraba una gran cantidad de mocos mientras tarareaba: “Yo tengo un moco, lo saco poco a poco, lo redondeo, lo miro con deseo, yo me como y como sabe a moco, me saco otro moco y volvemos a empezar”.

Platín, después del gran susto, decidió no contarle a nadie que

en lo que estaba bañado era moco de ratón. Mientras se limpiaba empezó a oír ruidos: “din don dererere”, acompañados de campanazos. Sintió más miedo todavía, entonces pensó que cantar sería un buen modo de tranquilizarse. La canción decía:

“Chipi chipi, chapa chapa, dubi dubi dibi, dava mágico, dibidubi dubi dú dú dú...”

Así siguió hasta que el ratón, mirándolo con ojos muy grandes, le dijo:

—Hola, vine a buscarte.

Platín comenzó a reírse por la mirada del ratón, pero decidió seguirlo hasta su cueva. Sorprendentemente entró sin problema, ya que era gigante y exagerada para un ratón tan pequeño.

Platín estaba confundido, no sabía dónde estaba, por qué estaba allí y qué tenía que ver todo eso con un ratón mocosito. Comenzó a charlar con el ratón e intentó sacarle información sobre la cueva y su vida. El ratón lo escuchó en silencio y respondió:

—Te recomiendo que te vayas, porque este lugar es muy peligroso.

El ratoncito tenía una misión: encontrar una salida para el niño. Sabía que era pequeño, que estaba confundido y que al parecer era bastante cobarde. Tenía que ayudarlo, solo no iba a poder y cuando el ratón se proponía algo era imposible evitarlo.

Mientras charlaban y Platín le contaba de su vida, se escuchó un golpe en la pared. Platín quedó inmóvil, sabía que del otro lado había alguien, pero ¿quién? Venía a atacarlo, ¿cuántos seres vivían en esta cueva? ¿por qué el ratón dijo que era peligroso? Platín juntó valentía y abrió la puerta... allí se encontró con lo impensado... muchos ratoncitos cantando:

“Susanita tiene un ratón, un ratón chiquitín,  
que come chocolate y turrón y bolitas de anís.

Duerme cerca del radiador con la almohada en los pies

y sueña que es un gran campeón jugando al ajedrez...”

Platín quedó impactado, pensando que si los ratones se unieran podrían ganar concursos y programas de talento, quizás “La Voz Argentina”, Lali y Luk Ra quedarían impresionados. Todo parecía lindo hasta que se escuchó la risa de una bruja, que hizo que los ratoncitos huyeran a esconderse.

La bruja entró con gran velocidad a la cueva, buscando al líder de los ratones para obtener una poción de mercurio. Platín no lo podía creer: su amigo resultó ser Zinc Níquel, jefe de la mafia ratonera.

El ratón le debía la poción de mercurio a la bruja, porque hacía tiempo se la había prometido y nunca cumplió.

Asustado, Zinc Níquel (sí, el jefe de la mafia ratonera, un título que merece repetirse) huyó junto a los demás ratones, pues le tenía mucho miedo a la bruja. Corrieron hasta el bosque, donde ella no podía alcanzarlos.

Platín, agradecido, quiso ayudar al jefe ratonil diseñando armas y un plan para atrapar a la bruja, que había regresado a la cueva.

La cueva tenía dos puertas: una principal, enorme, y otra muy pequeña, que sólo los ratones podían usar. Se dividieron en dos grupos: el primero entró por la puerta pequeña y le arrojó una aguja para espantarla; el segundo la capturó con una red y la arrojó al fuego.

Los ratones festejaron a lo grande, sin saber que todavía quedaban tres brujas más que planeaban vengarse.

Mientras mateaban con unas tortas fritas y escuchaban música, se escuchó el chillido de las escobas: ¡eran ellas, venían por más!

Los ratones no dudaron en armarse; sacaron todo lo que tenían: ametralladoras, bombas, tanquecitos de guerra, escopetas... y pusieron la canción de Rambo para ambientar la situación.



Comenzó la batalla: tiros, hechizos, golpes, escobazos, sufrimiento, escupitajos...

Hasta que una de las brujas se concentró en Platín. Apuntó su escoba y estaba lista para acabar con su vida. Ya no había más nada que hacer: era tarde, sus garras se acercaban, estaba acorralado y entonces...

Un fuerte estornudo hizo que Platín despertara de aquel extraño y maravilloso sueño.

Nunca antes había tenido uno parecido; era demasiado real.

Se miró las manos, estaban llenas de grasa, y se preguntó:

—¿realmente fue un sueño?

• **Autores e ilustradores:** Luz Linares, Morena Maraboli, Pablo Peña, Benjamín Navarrete, Delfina Paillalafquen, Jorge Marinero y Santino Fuentes.

# BORDO Bordó





**E**n lo más alto de un castillo en Transilvania, Drácula abrió lentamente la tapa de su ataúd.

Se estiró, como quien despierta de una larga siesta, y caminó hasta la gran ventana de piedra.

Al mirar hacia afuera, descubrió un bosque encantado iluminado por la luna llena.

La niebla bailaba entre los árboles como si fueran fantasmitas juguetones.

Desde las ramas, los búhos lo observaban con sus ojos brillantes.

Los zorros corrían ligeros entre los arbustos, y los lobos aullaban suavemente hacia la luna, como si le contaran un secreto.

De pronto, Drácula vio algo muy curioso: en medio del bosque, colgando de un árbol retorcido, había una hamaca color bordó que se movía sola.

Nadie la empujaba, pero se balanceaba de un lado a otro, como si invitara a alguien a sentarse.

Los animales se escondieron, asustados, y, aunque Drácula era un vampiro muy valiente, también sintió un escalofrío.

De pronto, un susurro misterioso le dijo:

¡Mira dentro de la hamaca!

Temblando, Drácula se acercó. Allí encontró un mapa del tesoro.

Al principio lo ignoró, porque estaba ocupado preparando su fiesta de cumpleaños.

Iba a cumplir 134 años (¡los vampiros viven muchísimo más que eso!) y quería invitar a todos los monstruos del bosque: fantasmas, momias, brujas, ogros y hasta al hombre lobo.

Repartió invitaciones casa por casa.

Pero, cuando llegó la noche... nadie vino.

Drácula se quedó solo frente a su enorme torta de murciélagos de chocolate.

Triste, escuchó otra vez el susurro:

—Regresa a la hamaca, el mapa tiene un secreto.

Entonces, curioso, lo miró de nuevo. El mapa señalaba un lugar lejano, a 110 kilómetros de distancia.

Drácula tomó su capa y voló sobre el bosque hasta llegar a una cueva escondida entre las montañas.

Allí, la luz de la luna iluminaba montones de piedras doradas.

¡Encontré oro! —gritó feliz.

Pero, de pronto, una explosión hizo caer una roca.

Cuando la levantó, descubrió que no era oro: ¡eran chocolates envueltos en papel dorado!



Drácula suspiró, un poco decepcionado, hasta que el susurro volvió a hablarle:

—No te rindas. Usa la pala. El verdadero tesoro está más adentro.

Cavando entre túneles secretos, Drácula encontró algo inesperado: un niño perdido que sostenía en sus manos un trozo de oro brillante.

Drácula lo ayudó a salir, y, como recompensa, el niño le entregó el pedazo de oro.

Con ese oro, Drácula pudo comprar globos, guirnaldas, jugos de frutilla con gas y ¡una montaña de tortas!

Volvió a invitar a todos los monstruos y, esta vez, todos llegaron.

La fiesta fue tan divertida que nadie quería irse.

Entre los invitados había una vampira solitaria.

Drácula, curioso, se le acercó y le preguntó:

—¿Por qué estás tan callada?

—No me pasa nada —respondió ella, sonriendo—, sólo estaba esperando a alguien como tú.

Drácula se sonrojó (sí, los vampiros también pueden).

Desde esa noche, nunca más volvió a estar solo.

Y así, entre fiestas, tesoros y muchas risas, Drácula y la vampira vivieron felices para siempre.

• **Autores:** Benjamín Theo Marabolí, Santino Mellado Mora, Valentina Aguilera, Uriel Tropan, Luzmila Namuncura y Nahara Arraigada



# Gris

## GRIS





**E**n un castillo abandonado vivía un payaso que preparaba pociones para crear caramelos envenenados y explosivos. Aunque parecía divertido, en realidad era un poco peligroso. Una mañana, mientras se alistaba para ir a una fiesta de Halloween, escuchó golpes en el techo, gritos y portazos. El susto fue tan grande que abrió el baúl equivocado, se puso el traje incorrecto (uno casi gris) y salió corriendo hacia la fiesta.

En el camino escuchó susurros, una hamaca moviéndose sola y pequeñas explosiones. De repente se encontró con una niña disfrazada de esqueleto. Ambos se asustaron y gritaron, pero después de un rato lograron calmarse.

—¿Por qué tu traje es casi gris? —preguntó la niña.

—Porque está viejo —respondió el payaso.

Siguieron caminando juntos hacia la fiesta, pero se perdieron en el bosque. Allí encontraron un cementerio con muy pocas tumbas, lo cual les pareció extraño. Después de investigar, vieron un gato gris que corría hacia una casa abandonada, sin color. Por curiosidad, entraron.

Dentro de la casa vieron un sillón y muchos libros sin color. Todo parecía cubierto por niebla: luces, cuadros, trofeos, vasos, ollas. Subieron por la escalera y encontraron una cama, un mantel y una mochila grises. También había ropa de diferentes colores, como si alguien viviera allí.

Cuando estaban por irse, escucharon cómo alguien tomaba un libro. ¡Era un fantasma! El payaso y la niña gritaron del susto.

—¿Vivís solo? —preguntó el payaso.

—Sí. Los demás fantasmas dicen que soy raro porque me gusta el color de las piedras —respondió el fantasma.

—¡Qué mal! —dijo la niña.

Le preguntaron si quería ir con ellos a la fiesta, y el fantasma

aceptó. En el camino, se encontraron con un Frankenstein triste.

—¿Por qué estás triste? —preguntó el fantasma.

—Porque ninguno de mis amigos vino a mi cumpleaños —respondió Frankenstein.

—¡Qué malos tus amigos! —dijo el fantasma.



Lo invitaron a la fiesta, y también aceptó. Más adelante encontraron a una bruja malvada. Todos comenzaron a actuar de forma extraña. La bruja lanzó hechizos por todos lados. El payaso empezó a tener hambre de sangre, se volvió agresivo, y la niña se convirtió en un esqueleto de verdad. El fantasma se transformó en un “Scream” y Frankenstein se volvió malvado.

De repente apareció un policía que patrullaba el bosque. Frankenstein lo atacó, pero los chicos ayudaron al policía mien-

tras él disparaba para defenderse. Finalmente, todos se refugiaron en la casa del fantasma, donde comenzaron a idear un plan.

La niña esqueleto dijo: —¡Necesitamos algo que rompa el hechizo de la bruja!

El fantasma recordó que en uno de sus libros grises había una receta para una poción que devolvía la alegría. Buscaron entre los libros sin color y encontraron uno con letras plateadas. El payaso leyó la receta:

—Necesitamos polvo de piedra gris, lágrimas de gato y una risa verdadera.

Salieron a buscar los ingredientes. El gato gris les dio una lágrima (porque se había asustado), el fantasma les dio polvo de piedra, y la niña contó un chiste que hizo reír a todos. Mezclaron todo en una olla gris y la poción empezó a brillar.

El payaso la tomó primero y volvió a ser gracioso. La niña volvió a tener piel, Frankenstein se puso feliz, y el fantasma volvió a su forma suave. Salieron al bosque y le lanzaron la poción a la bruja, que gritó:

—¡Nooo! ¡El color gris me hace sentir cosas buenas!

Y desapareció en una nube de humo plateado.

Al final, llegaron a la fiesta. Aunque todo era oscuro y tenebroso, ellos bailaron, comieron caramelos (no envenenados) y se rieron mucho. El fantasma dijo:

—Tal vez el gris no sea triste... ¡es misterioso y mágico!

Desde ese día, cada Halloween todos se juntan en la casa gris para celebrar con pociones, risas y cuentos que terminan bien.

• **Autores:** Mateo Hernández, Martina García Cisterna, Zayra Peralta Guachaqueo, Pablo Miranda y Yoselín Pichún.



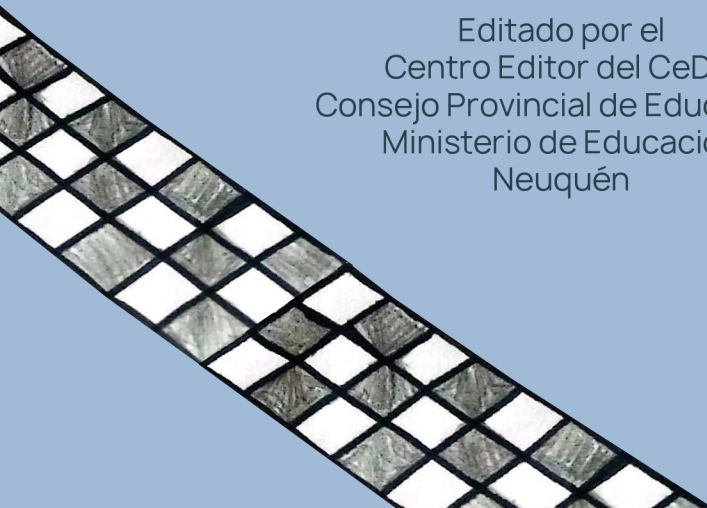
Serie **Las escuelas dicen.**  
Trabajos de edición realizados  
en conjunto con diversidad  
de protagonistas de la educación.



El Centro Editor es la editorial del Consejo  
Provincial de Educación de Neuquén

Visitanos





Editado por el  
Centro Editor del CeDIE  
Consejo Provincial de Educación  
Ministerio de Educación  
Neuquén